



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

COMENTANDO LA BIOGRAFIA DEL CANDIDATO CIVILISTA DON IGNACIO BONILLAS.

POR ANTONIO I. VILLARREAL.

La esperada confirmación de que el señor ingeniero don Ignacio I. Bonillas acepta la candidatura para Presidente de la República que le ofrece un grupo de burócratas, auto-bautizado con el atractivo nombre de Partido Civilista, ha venido a aclarar situaciones, a desvanecer consejas y a plantear en términos precisos el problema de la sucesión presidencial.

No se trata ya de sutilezas políticas, ni de preferencias efectivas, ni de ingratas querellas personalistas. No sólo nuestras instituciones y los intereses más caros de la Revolución sufren el amago ultrajante; algo más sagrado que todo eso: nuestra *dignidad nacional se siente amenazada*. Otro aventurero, que no es príncipe ni viene de Miramar, ni tiene nacionalidad bien definida; un Ignacio de Tucson, renegado, sin historia ni blasones, pretende sojuzgarnos y traficar con el único valor que nos queda: la Patria.

¿Quién es Ignacio I. Bonillas para aspirar a la Presidencia de la República?

Sus biógrafos, unos charlatanes impúdicos que le han soplado al oído las palabras del romano: "Acuérdate que has nacido para mandar a los pueblos", lo dicen en múltiples hojas de alquiler, por medio de las cuales en vano tratan de exhibirlo como candidato revolucionario y civilista.

Necedad es llamar a Bonillas revolucionario; basta leer su biografía oficial, preparada cuidadosamente para la ocasión—documento de propaganda en el que aparecen condensados todos sus méritos, reales, supuestos o inventados,—para convencerse de que el candidato es un reaccionario típico; peor que eso, un vividor.

Su civilismo tiene otro nombre más adecuado: se llama pusilanimidad. Civilista, ¿por qué? ¿Porque peregrinaba adherido a la revolución, con el carácter de asimilado de las fuerzas constitucionalistas, albergándose en la cómoda y segura tienda de campaña de Carranza, el prudente? ¿Porque nunca tuvo la entereza de ocupar un puesto de peligro? Que ¿no se incautó la casa de don Pedro Lascaráin, en la que residió durante años sin pagar renta? ¿No disfrutó de automóviles ajenos, de boato, de riquezas, de poder; en una palabra, del botín: exceso que hace odiosos y descalifica por igual a militares, asimilados o civiles?

Pero consideremos los elogios que se le dedican para estar en aptitud de justipreciar al candidato civilista.

Sus biógrafos, que no gustan del análisis, ni del detalle, ni del relato cronológico, nos hablan de

generalidades en forma nebulosa; pasan como sobre ascuas por los 16 años más brumosos de la vida de Bonillas, de 1884 en que se recibió de ingeniero de minas en Boston, a 1900, en que revalidó su título en Sonora para ejercer la profesión en aquel Estado. De esos 16 años, que pasó en Arizona, viviendo de su profesión y de otros quehaceres, no quieren hacer mención sus panegiristas; prefieren referirse a época anterior, cuando a la vez "QUE HACIA TRADUCCIONES EN EL DESPACHO DEL GOBERNADOR DEL TERRITORIO DE ARIZONA, SEÑOR A. P. K. SAFFORD, atendía a sus clases en el colegio del que era catedrático".

Catedrático de instituciones americanas y traductor oficial del Gobernador de Arizona, un mexicano, de quien sus biógrafos no expresan si por tal motivo cambió de nacionalidad, como lo exigen la costumbre y las leyes americanas...

Pero dejemos este escabroso asunto para otra ocasión: olvidemos por un momento que Bonillas fué traductor oficial del Gobernador de Arizona: desentendámonos de los puestos públicos que desempeñó en aquel Estado, entonces Territorio de la Unión Americana, y sigamos con atención a los apurados biógrafos de este raro candidato.

Refieren que don Ignacio I. Bonillas desempeñó los puestos de Presidente Municipal en Magdalena y Nogales, poblaciones del Estado de Sonora. No precisan los años en que esto ocurría; pero admiten que fué antes de la Revolución de 1910.

Por confesión de parte, queda, pues, aclarado que Bonillas sirvió a la Administración de Sonora en

la época pre-revolucionaria, cuando dominaban al Estado Corral, Izábal y Torres.

Más que eso: ascendió por méritos en el servicio; fué elevado a Prefecto Político.

Lo que va anotado se puede sintetizar de la siguiente manera: el señor Bonillas, en los albores de su juventud, emigró a los Estados Unidos, donde se educó, formó su carácter, se casó, fundó su hogar y residió la mayor parte de su vida; fué traductor oficial del Gobernador de Arizona y desempeñó otros cargos públicos que ocultan sus biógrafos. Como en 1900, cuando ya frisaba en los 42 años de edad, aparece en Sonora, revalidando su título de ingeniero de minas que había adquirido en Boston y fungiendo luego como Presidente Municipal y Prefecto Político, bajo el amparo de Corral, en plena dictadura porfiriana. Debe poseer extraordinarias condiciones de ductilidad y adaptación el señor Bonillas, para quien, por lo visto, no existen escrúpulos ni fronteras, y lo mismo se capta las simpatías y la confianza del Gobernador de Arizona, que las del Gobernador de Sonora.

Y hemos llegado a un punto interesante de la narración que revela la semejanza de antecedentes políticos del señor Bonillas y del señor Carranza. Ambos fueron caciques de la Dictadura porfirista; el uno en Cuatro Ciénegas, el otro en Magdalena; ambos medraron bajo aquella situación y en el momento psicológico—oportunismo se llama a este desplante—cuando la Revolución vencía, rompieron sus viejas ligas, liquidaron donosamente con el pasado y llenos de entusiasmo y frescura se uncieron al carro del triunfo.

Desde 1911 Bonillas, como su correligionario Carranza, es antiporfirista.

Se nos pasaba otro dato de los celebrados apuntes biográficos; en tiempos del Gobernador Maytorena, Bonillas es electo Diputado a la Legislatura local de Sonora; pero no encontramos referencia alguna a sus gestas durante los días negros del cuartelazo; no existió para sus biógrafos en esa época; el prudentísimo varón se esfumó; no asistió a las sesiones de la legislatura. SE HIZO EL MUERTO hasta que Obregón, Cabral, Alvarado y Hill, batieron con éxito a los federales y conquistaron el Estado para la Revolución. Entonces resucita don Ignacio I. Bonillas, con el mismo ardor revolucionario, aunque civilista, que en las buenas épocas mostrara.

Poco después llega Carranza a Hermosillo y se entienden, congenian admirablemente. Desde entonces, jamás se han distanciado ni los ha llegado a dividir la menor divergencia.

Carranza lo hace Secretario de Comunicaciones, Embajador y candidato a la Presidencia. ¿Qué más puede ambicionar el traductor oficial del Gobernador Saffor y Jefe Político de Corral?

De la vida pública de Bonillas, con exclusión de los servicios prestados al extranjero, se puede observar: que sirvió en ínfima capacidad al porfirismo; en encumbrados puestos a Carranza.

Y esto es suficiente para destruir la fábula civilista que se ha inventado para favorecer a este ridículo candidato. Porque el Gobierno del general Díaz se distinguió, más que por cualquier otro concepto, por su tendencia militarista y el Gobierno del "Primer Jefe", desde sus comienzos hasta

nuestros días, ha sido y es eminentemente militar. Sin embargo, el señor Bonillas, incondicional agente de dos Dictaduras pretorianas, es el escogido por los "civilistas" para acabar con el militarismo.

¡La abominable farsa! Con el fámulo pretoriano, disfrazado de candidato civilista, están por docenas, ex-jefes políticos del porfirismo, como Manuel Amaya; ex-senadores del porfirismo, como José Natividad Macías; ex-leaders corralistas, como Luis Manuel Rojas; milites insignificantes del huertismo, como Federico Montes y Marciano González que sirvieron a Huerta cuando Huerta era fuerte y a la Revolución cuando la Revolución prometía; y a todo este pudridero de los residuos del porfirismo, del corralismo y del huertismo, "lo peor de cada casa" se le aplica el ufano título de Partido Civilista. Con cuánta razón observa Reclus: "los depravados y los envilecidos, que a sí mismos se desprecian, no tienen ya el sentimiento de dignidad necesario que podría impulsarlos a la rebeldía; con la conciencia de tener almas de lacayos, se hacen justicia aceptando la opresión".

En cambio, se califica de militaristas a varones firmes y rectos, a verdaderos civilistas, como don Fernando Iglesias Calderón y legiones de paladines que han combatido sistemáticamente a las Dictaduras y al pretorianismo en nuestro país y que, en el momento actual de transición y angustia, se agrupan al rededor del candidato Obregón, como el único recurso viable y decoroso para salvar a la República de la vergüenza de caer en manos de Mister Bonillas y de seguir siendo extorsionada por el insaciable militarismo que han organizado "esas gen-

tes de comercio y pillaje” que integran el carrancismo.

Los militaristas de verdad, con máscara de civilistas, excitan a los mexicanos a elevar a la Presidencia de la República a Mister Bonillas.

No puede haber situación más mortificante ni ultraje más hiriente para nuestro orgullo nacional.

La duda no cabe, la vacilación se llama cobardía; el indiferentismo, desdoro; la complacencia, crimen.

Ya no hay confusión de “ismos”. El deber es uno.

Todo mexicano, por motivos ineludibles de patriotismo, debe oponerse a la imposición de Mister Bonillas.

Todo hombre de ideas avanzadas que se preocupe seriamente por que la República no retroceda, por que nuestra incipiente civilización no dé un salto ignominioso hacia atrás, debe sobreponerse a cualquier linaje de prejuicios y tomar la resolución inmediata de cooperar con el obregonismo, que representa, se quiera o no, en el álgido momento que vivimos, el último baluarte de la Revolución, el último esfuerzo con probabilidades de éxito, la más sincera promesa de reivindicación.

Los revolucionarios de todos los matices—convencionistas, agraristas, liberales, constitucionalistas—deben coaligarse contra Carranza y Bonillas y alentar a Obregón en su obra de salvamento antes de que el naufragio se consume, ya que Obregón es liberal de buena cepa, está identificado con los hombres libres que lo rodean y trae un programa sólido de garantías para todos, de progreso y reconstrucción, de liberación y justicia.